

Daniel 9:1-25
Por Chuck Smith

En el comienzo del capítulo 9, tenemos una mirada muy aguda de este hombre, Daniel. Y comprendemos por qué Dios le declaró a él que él muy amado por Dios, porque Dios amó mucho a Dios y él amó la Palabra de Dios. Y su obvio conocimiento y amor por la Palabra se revela aquí en el noveno capítulo cuando él comprende la difícil situación de la nación de Israel y la razón para esa difícil situación. Él ve más allá de las cosas que provocaron que ellos fueran destruidos y ahora fueran cautivos. Pero también, debido a que él era un hombre de la Palabra y había estudiado las Escrituras, él se dio cuenta de que el tiempo de su cautiverio estaba a punto de terminar.

En el año primero de Darío hijo de Asuero, de la nación de los medos, que vino a ser rey sobre el reino de los caldeos, en el año primero de su reinado, yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años. (Daniel 9:1-2)

Así que Daniel estaba leyendo la profecía de Jeremías. Ahora recuerde usted que Jeremías fue uno de los últimos profetas en Judá antes del cautiverio en Babilonia. De hecho, él aún estaba profetizando cuando Nabucodonosor llegó. Y Jeremías en su profecía le decía al pueblo que Dios los entregaría en manos del rey de Babilonia, y la razón era porque ellos se habían olvidado de Dios y habían olvidado la ley de Dios y los mandamientos de Dios. Y de esa manera, ellos serían cautivos en Babilonia por setenta años.

Así que el Señor declaró que en vista que ellos habían estado en la tierra desde el tiempo de Josué 490 años, y bajo la ley de Dios se les había dicho que cada séptimo año ellos debían dejar que la tierra descansara (la tierra debía tener su propio reposo cada siete años, ellos no debían plantarla), sino que ellos

solo comerían aquellos que creciera solo y recogerían en el sexto año – el Señor les daría cosechas tan abundantes en el sexto año que les alcanzaría para el séptimo.

El pueblo no obedeció esta ley de Dios. Ellos no le dieron descanso a la tierra. Sino que la plantaron cada año. Y por eso Dios dijo, “Ustedes han estado en la tierra por 490 años, nunca le dieron descanso. Así que yo los sacaré de la tierra por setenta años así ella puede tener su reposo. Y luego de setenta años ustedes podrán regresar a la tierra”. Así que los setenta años de cautiverio profetizados por Jeremías están por terminar. Daniel se da cuenta de esto. Él había estado leyendo la profecía de Jeremías. Él se da cuenta que el tiempo del cautiverio está por terminar.

Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza. (Daniel 9:3)

Así que él se apartó por un período de intensa oración y espera en Dios y buscando a Dios por la nación.

La oración de Daniel es notable. Y en ella él establece el claro entendimiento que él tiene de los caminos y los propósitos de Dios, y es interesante que él no busca condenar a Dios para nada por las calamidades que habían caído sobre el pueblo. Sino que él reconoce que, “Estas cosas nos han sucedido porque fuimos culpables, nosotros nos apartamos de Ti, hicimos nuestros propios caminos malvados”.

Muchas veces las personas quieren culpar a Dios por los juicios que han caído sobre ellos por sus propias maldades. Si usted solo quiere desafiar a Dios y seguir con eso, entonces no culpe a Dios por el hecho de que usted salga lastimado. Y aún así, esto es lo que las personas hacen muchas veces.

Ahora Daniel no tuvo ninguna de estas recriminaciones contra Dios sino que reconoció que todo lo que les había sucedido era porque ellos eran

culpables delante de Dios. Ellos se habían olvidado de Dios. Note usted,

Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, (Daniel 9:4-5)

Daniel no está señalando con el dedo a otros en una actitud de ser más santo, y decir, “Dios, ellos son terribles pecadores. Ellos hicieron esto...” Sino que él se coloca a él mismo, “Hemos pecado”, y se identifica con el pueblo de Dios quien ha pecado contra Dios. “Nosotros como nación hemos pecado”. Y de seguro cuando nosotros oramos, necesitamos reconocer el pecado de la nación. Nosotros como nación hemos pecado contra Dios.

hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, (Daniel 9:5-6)

Él había estado leyendo Jeremías. Y él lee cómo cuando Jeremías llegó y les profetizó, ellos lo lanzaron al calabozo. Y él reconoce cómo ellos habían fallado al escuchar las advertencias de Dios. “No hemos obedecido a tus siervos los profetas”,

que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, (Daniel 9:6-7)

Señor, tú tienen razón, y nosotros somos quienes estamos confundidos.

como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos,

en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti. Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos. De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado, y no obedecemos a la voz de Jehová nuestro Dios, para andar en sus leyes que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas. Todo Israel traspasó tu ley apartándose para no obedecer tu voz; por lo cual ha caído sobre nosotros la maldición y el juramento que está escrito en la ley de Moisés, siervo de Dios; porque contra él pecamos. (Daniel 9:7-11)

Así que él estaba familiarizado con los libros de Moisés y la ley de Dios. Él los había estado leyendo. Él dice, “Dios, nosotros hemos transgredido y ahora Tú has hecho estas cosas que has dicho que harías en la ley de Moisés”. Y, por supuesto, el Señor en la ley de Moisés declaró que si ellos se apartaban de Dios y buscaban otros dioses, que Él dejaría que ellos fueran quitados de la tierra y demás. Así que Daniel lo reconoce. “Todas estas cosas nos han sucedido a nosotros porque somos culpables; hemos fallado”.

Y él ha cumplido la palabra que habló contra nosotros y contra nuestros jefes que nos gobernaron, trayendo sobre nosotros tan grande mal; pues nunca fue hecho debajo del cielo nada semejante a lo que se ha hecho contra Jerusalén. (Daniel 9:12)

Realmente, ninguna ciudad fue tan devastada como lo fue Jerusalén.

Conforme está escrito en la ley de Moisés, todo este mal vino sobre nosotros; y no hemos implorado el favor de Jehová nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y entender tu verdad. (Daniel 9:13)

A pesar de todo esto, nosotros no nos hemos apartado de nuestros

pecados.

Por tanto, Jehová veló sobre el mal y lo trajo sobre nosotros; porque justo es Jehová nuestro Dios en todas sus obras que ha hecho, porque no obedecimos a su voz. (Daniel 9:14)

No culpando a Dios para nada; aceptando la responsabilidad y la culpa, algo muy importante. No alzando la voz contra Dios cuando los juicios nos han caído, sino reconociendo honestamente, “Dios, es mi culpa. Soy culpable. Tú eres justo”. Dios es un Dios de juicio, pero incluso en el juicio ÉL es justo en Sus juicios.

Hay muchas personas que están preocupadas acerca de que Dios no sea justo. Ellos dicen, “¿Pero qué acerca de las pobres personas que nunca han oído acerca de Jesucristo? ¿Dios los condenará eternamente?” Yo no lo sé. Yo sé que Dios es justo. Yo se que Dios será justo en Sus juicios. Y cuando ÉL lo haga la determinación de esos casos particulares, Dios será completamente justo. Y cuando ÉL lo haga, yo diré, “Muy bien, yo nunca pensé en eso. Amigo, eso es tan cierto”, porque Dios será justo.

Ahora pues, Señor Dios nuestro, que sacaste tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa, y te hiciste renombre cual lo tienes hoy; hemos pecado, hemos hecho impiamente. Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte; porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro. Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor. (Daniel 9:15-17)

Señor, no por causa nuestra, sino por Tú causa, por causa del Señor, o Dios. Resplandezca Tu rostro sobre el santuario que está tan desolado.

Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. (Daniel 9:18)

Dios, yo no te imploro estas cosas porque yo sea un hombre tan santo, sino solo porque Tú eres misericordioso, te pido que hagas esto.

Una fabulosa oración de Daniel. Nos da una mirada a la profundidad espiritual de este hombre. No es de sorprender que el Señor diga, “Oh Daniel, tú eres muy amado de Dios”.

Y luego la petición final:

Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo. (Daniel 9:19)

Señor, las personas invocan Tu nombre, y nosotros somos un desastre. Dios, escucha, haz algo. A causa de Tu nombre, porque este pueblo invoca Tu nombre.

Ahora Daniel dice,

Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios; aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde. (Daniel 9:20-21)

Gabriel es uno de los principales ángeles de Dios nombrado en Daniel, y también nombrado en Lucas como el ángel que se le apareció a Zacarías, el padre de Juan el Bautista, y quien luego apareció ante María, la madre de

Jesús. Gabriel vino,

Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión. Setenta (Daniel 9:22-24)

Y la palabra “semanas” en el hebreo es “sietes”. El traductor la tradujo “semanas” debido a los siete días de la semana, pero literalmente,

Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, (Daniel 9:24)

Así que estas es una profecía que se relaciona con Dios tratando con la nación de Israel. Sería cumplida en ciclos de setenta semanas de años. Y en estas setenta semanas, la obra de Dios sería totalmente establecida en cuanto se refiere a la nación de Israel. Porque entre las setenta semanas habrá primero que nada...

para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. (Daniel 9:24)

Y probablemente “el lugar más santo”, el nuevo templo en el reino de Dios. Así que hay setenta semanas en las cuales todos los aspectos proféticos de la nación de Israel se completarán, durante este tiempo se hará reconciliación por los pecados, por las iniquidades – terminando las transgresiones, poniendo fin a los pecados, trayendo el reino eterno y justo, y completando toda la escena profética.

Ahora él divide estas setenta semanas.

Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. (Daniel 9:25)

Así que habrá, primeramente, siete semanas y sesenta y dos semanas desde el tiempo que el mandamiento salga para restaurar y reconstruir Jerusalén hasta el Mesías el Príncipe. Daniel escribió esto en el primer año de Darío, el año 538 A.C. Unos 95 años después, en el año 445 A.C., el mandamiento fue finalmente entregado por Artajerjes a Nehemías para restaurar y reconstruir Jerusalén. A pesar de que el templo fue reconstruido, los muros de la ciudad aún estaban destruidos y las casas aún estaba destruidas, 445 A.C. De hecho, de acuerdo a los registros que se encontraron por Sir Rawlinson en el Palacio de Susa, la orden fue dada el 14 de Marzo , 445 A.C. Ahora, es una importante fecha en la historia porque de acuerdo a la promesa y a la profecía aquí, desde el tiempo que ese mandamiento salió para restaurar y reconstruir Jerusalén ante el Mesías el Príncipe habrá setenta semanas y sesenta y dos semanas, o sesenta y nueve ciclos de siete años, o 483 años. Así que desde el año el 14 de Marzo, 445 A.C., de acuerdo a esta predicción, el Mesías debería venir en 483 años desde el tiempo de este mandamiento.

Los años en las profecías de Daniel son 360 días al año que fue predicado sobre el calendario Babilónico de 360 días en el año. Nosotros, por supuesto, contamos ahora con un calendario juliano de un año de 365 días y un cuarto. Pero las profecías de Daniel fueron hechas sobre el calendario Babilónico de un año de 360 días. Así que sería mejor trasladar los 483 años a días de manera de establecer el tiempo de la venida del Mesías el Príncipe. Y al trasladarlo a días, 483 años de 360 serían 173.880 días. Y si usted toma esto y lo lleva a nuestro calendario, usted encontrará que llega a la fecha del 6 de Abril, en el 32 D.C.

El día de la redención para la palabra, el día en que el Mesías vendría, 173.880 días desde el mandato de Artajerjes a Nehemías de restaurar y reconstruir Jerusalén. Justo con el itinerario.